



CAPITULO VII

De otros tres vicios de sensualidad, gula y pereza en que suelen incurrir los indios.

En los otros tres vicios en que no pueden llamarse tan inocentes los indios, no puede negarse que son más templados que otras muchas naciones con quien no deseo hacer comparación ni es necesario; porque sólo es mi fin explicar los méritos del indio, tan remoto vasallo de Vuestra Majestad y que tan crecidos favores ha merecido siempre de su piedad, para que los continúe y honre con hacerlos eficaces con la ejecución de sus reales cédulas y leyes, sin notar naciones algunas, en todas las cuales es fuerza que haya inclinaciones buenas y otras reprobadas.

Porque lo primero, son muy templados en la sensualidad cuando no se hallan ocupados los sentidos, y embriagados ó embargados con unas

bebidas fuertes que acostumbran, de Pulque, Tepache, Vingui y otras de este género. Y aunque tienen entonces algunas flaquezas grandes, y al vicio de la sensualidad no hace menos grave el de la embriaguez; pero mal podíamos condenar comparativamente á estos miserables indios que pecasen é hiciesen (ocupados y embarazados sus sentidos) lo que hombres muy hábiles, despiertos y políticos, pecan con todos sus cinco sentidos desocupados.

Y así, este primer vicio de sensualidad, se reduce en los indios frágiles al primero de gula, en el cual dejan de incurrir todos los indios cuanto al comer, porque son templadísimos; y cuanto al beber también es ciertísimo que se enmendarían fácilmente, si todos los pastores de sus almas y los alcaldes mayores, pusiesen en eilo cuidado especial para reformarlos, como lo hacen algunos; porque en los indios no hay más resistencia que un niño de cuatro años cuando se le quita el veneno de la mano y se le pone otra cosa en ella.

Y cuanto á la pereza, que es muy propia en ellos, por ser tan remiso y blando su natural, no hay que cuidar de exhortarlos á la diligencia y trabajo corporal: porque para este vicio están llenos de médicos espirituales y temporales doctrineros, y Alcaldes mayores que los curan con grandísima frecuencia, ocupándolos en diversas

granjerías, hilados, tejidos y todo género de artes y utilidades, en que consiste el fruto de los oficios con que en los que no son naturalmente diligentes se halla este vicio del todo desterrado.

Y de aquí se deduce, señor, una manifestación evidente de la virtud de los indios, pues de siete vicios capitales que traen al mundo perdido, se halla su natural, comunmente hablando, muy exento y moderado, y rarísimos incurren en los cinco, que son: codicia ó avaricia, soberbia, ira, ambición ó envidia, y cuanto á la pereza, tiene tantos maestros para hacerlos diligentes, que se hallan del todo convaltecidos, y la sensualidad sólo se reduce en ellos al tiempo que están ocupados los sentidos con la gula, y este vicio no le ejercitan en el comer, sino en el beber ciertas bebidas de raíces de hierbas que causan estos efectos con que vienen á hallarse libres de seis vicios capitales, en cuanto sufren nuestra frágil naturaleza, y del que les queda, en aquellos que lo incurren sólo son flacos en la media parte de este vicio, que es el beber, exentos del todo en la otra, por ser tan parcos en el comer, que parece que puede decirse, que de siete vicios, cabezas de todos los demás, sólo incurren en el medio vicio, cuando á los demás tanto nos afligen todos siete.

Compárense, pues, estos indios con las de-

más naciones del mundo, en las cuales es tan poderosa la ira, que hay algunas donde han durado los bandos y guerras interiores entre linajes y naciones cuatrocientos y seiscientos años, como güelfos y gibelinos, y narros y cadels. Y en otras es tan poderosa la gula, que apenas salen de los banquetes: y en otras la sensualidad tan disoluta, que apenas perdonan lo más reservado y sagrado. Y en otras la ambición, que ha despertado innumerables guerras: y en otras la envidia y la soberbia tan terrible, que han querido sujetar todas las naciones circunvecinas y destruir por estos dos vicios las casas y coronas más católicas. En otras son tan frecuentes las murmuraciones, blasfemias y juramentos, que apenas se oyen otras palabras en gran número de gente. Y se verá, que respecto de los muchos vicios que afligen en el mundo á las naciones, vienen á ser los indios virtuosos é inocentes, y dignos (por su virtud) del amparo real de Vuestra Majestad.





CAPITULO VIII

De la pobreza del indio.

Aunque la pobreza de los indios fuera totalmente necesaria, eran dignos de lástima y compasión, y ni aun de esta manera desmerecía la protección real de Vuestra Majestad, y el mandar que se aviven con su observancia las santas leyes que Vuestra Majestad ha establecido en su favor. Pero siendo esta pobreza en muchísimos de ellos voluntaria y elegida por un modesto parco y cristiano modo de vivir, sin codicia ni ambición, aún deben ser más amparados de Vuestra Majestad.

Entre los indios hay caciques, gobernadores, alcaldes, fiscales y que tienen muchas tierras que heredaron de sus pasados, y generalmente todos, como son tan mañosos y fructuosos, pueden recoger y acaudalar plata, frutos, alhajas y otras cosas que alegran y ocupan el corazón humano

con su posesión, y todavía son tan parcos, que su vestido, por la mayor parte, es una tilma que les sirve de capa, una túnica ó camisa de algodón y unos calzones de lo mismo, y así á tres alhajas reducen comunmente cuanto traen sobre sí, y son muy raros, y han de ser de los más nobles para traer sombreros y zapatos, porque ordinariamente andan descalzos y descubiertos. Contentanse con un pobre jacal por casa, y en sus tierras, donde no hay sino indios, no tienen más cerradura en sus puertas que la que basta á defender la de las fieras, porque entre ellos no hay ladrones, ni qué hurtar, y viven en una santa ley, sencilla y como era la de la naturaleza.

Todas sus alhajas, exceptuando el Santo Caliz, donde tienen imágenes de santos de papel, se reducen á un petate ó estera de la tierra, sobre que duermen, que aún no es tabla, y un madero que les sirve de almohada y un canto que se llama metate, donde muelen un puñado de maíz, de que hacen tortillas que los sustentan, y éstas suelen ser en estos pobrecitos las de una dilatísima y numerosísima familia.

Con este género de alhajas y pobreza viven tan contentos, y más que el poderoso y rico con las suyas, y no hay indio que teniendo esto se juzgue pobre ni pida limosna, ni se queje de la fortuna, ni envidie, ni pretenda, ni desee, y si los

conservaran en esta honesta pobreza y ejercicio, se tendrían por felices, y, sin duda alguna, en mi estimación lo fueran.

He oído decir á algunos religiosos de la seráfica Orden de San Francisco, graves y espirituales, mirando con pío afecto á estos indios, que si aquel seráfico fundador, tan excelente amador de la pobreza evangélica, hubiera visto á los indios, de ellos parece que hubiera tomado alguna parte del uso de la pobreza, para dejarla á sus religiosos por mayorazgo y para que sirviese á la evangélica que escogió.

Porque el más rígido religioso ó ermitaño, vive en casas fuertes de cal, piedra y madera, porque así es conveniente para sus santos ejercicios; pero ellos viven en jacales de paja ó de hojas de árboles.

Y el más pobre tiene una celda, un refitorio, coro, capítulo, claustros y huerta, porque así conviene á su profesión y á su espiritual consuelo y santos ejercicios; pero el indio no tiene más dilatación en su casa que los términos de los palos que la componen, y reciben sobre sí el heno ó paja ó hojas de árboles que les forman las paredes, que son doce ó catorce piés de suelo, y si tienen más tierra es para trabajar, padecer y sudar sobre ella; y el más pobre tiene una tabla en qué dormir y por almohada un pedazo de sayal;

pero el indio duerme sobre el mismo suelo y un petate ó estera grosera, y un pedazo de palo por cabecera.

Y el más pobre suele llevar unos zapatos de madera ó sandalias, aunque otros andan descalzos; pero el indio siempre anda descalzo de pie y de pierna.

Y el más pobre tiene capilla con que cubrir la cabeza á las inclemencias del cielo; pero el indio no trae cosa en la cabeza, aunque lleve, nieve y apedree.

Y el más pobre come dos ó tres potajes de pescado ó legumbres; el indio unas tortillas de maíz, y si añade un poco de *chile* con agua caliente, ese es todo su regalo.

Y si bien es verdad que los trabajos del religioso perfecto los hace de inestimable valor y superiores á todo por el alto fin con que los padece, que es el de servir á Dios y seguir la perfección evangélica, y esto se prefiere á lo demás y excede un trabajo moderado por éstos, padecido á muchísimos mejores, sin este santo mérito; pero no por eso deja de ser amable, admirable y aun loable la pobreza de los indios, pues sobre ser cristianos, con que muchos aplicarán á Dios su pobreza, aunque no en tan esclarecida profesión como la regular, viven con esta fragilidad y modestia, pudiendo no pocos, dilatarse

mucho más, y siguen tan á la letra el consejo de San Pablo, y lo que el santo quiso para sí, cuando dijo: *Habentes, alimenta et quibus tegamur his contentifunus. En teniendo con qué cubrir nuestros cuerpos y con qué sustentarnos, todo lo demás nos sobra*, que es á la letra lo que observan estos pobres naturales.

Y así refiere el P. Reverendísimo Gonzaga, general de la seráfica Orden de San Francisco, ilustrísimo arzobispo de Mantua, que en Taguacan, un pueblo del obispado que yo sirvo, se aparecieron á un santo religioso de su orden de San Francisco y santa Clara, y le dijeron entre otras cosas: *Indi paupertaten, et obedientian, et patientan quan vos professi estis exercent. Los indios ejercitan la pobreza, obediencia y paciencia que vosotros profesais*, como quien acreditaba y honraba la pobreza natural de los indios, con referirla á la evangélica, santa y seráfica de los religiosos, y se compadecía de aquella miseria material, deseando que la imitasen los indios en la aplicación espiritual con que están los hijos de tan excelente familia, para que le pareciesen en el mérito.

Y lo que es más admirable en mi sentimiento, señor, es que siendo tan pobres en su uso y afecto estos naturales indios, y tan desnudos, son los que visten y enriquecen el mundo, y en las

Indias todo lo eclesiástico y secular. Porque su desnudez, pobreza y trabajo, sustenta y edifica las iglesias, hace mayores sus rentas, socorren y enriquecen las religiones, y á ellos se les debe gran parte de la conservación de lo eclesiástico. Y quanto á lo secular, su trabajo fecunda y hace útiles las minas, cultiva los campos, ejercitan los oficios y artes de la república, hace poderosos los de justicia, paga los tributos, causa las alcabalas, descansa y alivia los magistrados públicos, sirve á los superiores, ayuda á los inferiores, sin que haya cosa alguna desde lo alto hasta lo bajo en que no sean los indios las manos y los piés de aquellas dilatadas provincias, y si se acabasen los indios se acabarían del todo las Indias; porque ellos son los que las conservan á ellas, y como abejas solícitas, labran el panal de miel para que otros se lo coman; y como ovejas mansísimas ofrecen la lana para cubrir ajenas necesidades, y como pacientísimos bueyes cultivan la tierra para ajeno sustento; y ellos, señor, y yo, y todos cuantos bien los queremos y solicitamos su alivio, nos contentaremos con que padezcan, trabajen y fructifiquen, como sea con un moderado y tolerable trabajo y pena, y sólo represento sus méritos y virtudes para que Vuestra Magestad se sirva de ampararlos en el padecer intolerable.



CAPITULO IX

De la paciencia del indio.

Entre las virtudes del indio más admirables y raras, es la de la paciencia, por dos razones principales: La primera, porque cae sobre grandísimos trabajos y pobreza. La segunda, porque es profundísima é intensísima, sin que se le oiga tal vez ni aun el suspiro, ni el gemido, ni la queja.

Cae sobre grandes trabajos, pues cuando su común vivir interior es tan pobre y miserable, ya se vé cuál será la sobrecarga del padecer exterior. Porque sobre el descanso es tolerable la fatiga; pero sobre la misma fatiga otra fatiga, sobre un trabajo otro trabajo, sobre un azote otro azote, es padecer de suprema magnitud.

No refiero á Vuestra Majestad lo que padecen en este discurso, donde hablo de sus virtudes, por no mezclar con ellas ajenos vicios y porque sería preciso mortificar en él á los que

con bien poca razón los mortifican á ellos, y mi intento sólo es favorecer á los indios, si pudiesen tocar ni desconsolar á los que á ellos lastiman y desconsuelan.

Sólo puedo asegurar á Vuestra Majestad con verdad, que ejemplo más vivo en el padecer cuanto á lo exterior, que el de estos naturales de los santos mártires y confesores, y de aquellos que por Dios padecen tribulaciones y penas, no me parece que se puede ofrecer á la consideración, y que yo los he deseado imitar y los miro y considero como espejo de una invictísima paciencia.

Pues por muchos y grandes que sean sus agravios, raras veces tienen ira ni furor para vengarse, ni satisfacerse, ni aun se conmueven á ir á quejarse á los superiores, si no es que alguna vez lo hagan influidos ó alentados de españoles, clérigos, religiosos ó de otros de ajena condición, que ya lastimados de lo que padecen, ya por el celo de la razón, ya por el servicio de Vuestra Majestad y la conservación de ellos, ya por sus mismas utilidades ó pasiones, les persuaden que se vayan á quejar.

Porque lo ordinario es padecer, callar y pasar, y cuando mucho, ausentarse de unas tierras á otras y seguir el consejo del Señor, cuando dijo: *Si en una ciudad os persiguen, huir á otra.*

Ni ellos buscan armas para vengarse, ni ellos vocean ni se inquietan ni se enojan ni se alteran, sino que consumen, dentro de su resignación y paciencia, todo su trabajo.

Si á ellos llega el Superior y les manda que hilén, hilan; si les mandan que tejan, tejen; si les mandan que tomen cuatro ó seis arrobas de carga sobre sí y las lleven sesenta leguas, las llevan; si á ellos les dan una carta y seis tortillas, y algunas veces la carta sin ellas, y que la lleven cien leguas, la llevan; ni ellos piden su trabajo ni se atreven á pedirselo; si se lo dan, lo toman; si no se lo dan, se callan.

Si le dice á un indio un negro, que va cargado, que tome aquella carga que él lleva y se la lleve, y sobre eso le da golpes y le aflige de injurias, toma la carga y los golpes y los lleva con paciencia. Finalmente: ellos son, en mi sentimiento (por lo menos en este material), los humildes y pobres de corazón, sujetos á todo el mundo, pacientes, sufridos, pacíficos, sosegados y dignos de grandísimo amor y compasión.



CAPÍTULO X

De la liberalidad del indio.

No parece, señor, que siendo tan pobres puedan ser liberales los indios, y después de ello, es constante que son liberalísimos, como si fueran muy ricos. Porque como quiera que esta virtud no la hace mayor la materia, sino el deseo, y en un príncipe suele ser menos dar una ciudad que en un pobre cuatro reales, y por eso Jesucristo, Señor nuestro, á la viejecita que ofreció al templo dos blancas, alabó más que á otros que con mucho menos afecto dieron muy grandes limosnas: así los indios, aunque cada uno no puede fructificar copiosamente, pero todos juntos es certísimo que lo dan todo y que obran con gran liberalidad.

Porque estos pobrecitos, como no conocen ni codicia, ni ambición, son partidísimos, y si

tienen dos puñados de maíz, con gran gusto dan el uno á quien le pide.

A todas horas están abiertas sus casas, para hospedar y ayudar á quien los ha menester, como no los atemoricen ó vean alguna violencia, que entonces, si no pueden defenderlas, suelen dejarlas y desampararlas, é irse huyendo por los montes.

Al culto divino ya hemos dicho que ellos son quien le sustenta las ofrendas y los derechos de los curas, doctineros, y todos los emolumentos ellos son los que los causan.

Jamás van á ver á sus superiores, de cualquier calidad que sean, ya eclesiásticos ó seculares, que no les lleven gallinas, frutas, huevos, pescados, y cuando no pueden más, les llevan flores, y quedan consolados si las reciben y afligidos si no admiten sus presentes.

Andará un pobre indio cincuenta leguas cargado de fruta, ó miel, ó pescado, ó huevos ó pavos, que llaman gallinas de la tierra, ú otros frutos de ella, sólo para que se lo reciban, y pedir alguna cosa que pesa, y vale menos que lo mismo que él ofrece, y que de derecho se le debía rogar con lo que pide, cuanto más dárselo pidiendo aquello que se le debe.

En prestar cuanto tienen no reparan, y no sólo lo que tienen, sino á ellos mismos se pres-

tan, y como sea con buen modo, á cualquier indio que se encuentre en la calle, si se le manda que lleve alguna carga, que barra ó sirva en alguna casa y se esté sirviendo en ella uno ó dos días, dándole de comer, suele prestar su trabajo sin desconsuelo con cualquier motivo que para ello se le ofrezca.

Finalmente: sobre no tener los indios codicia, avaricia ni ambición, bien se ve cuán fácilmente serán liberales, como hombres que ni desean, ni adquieren, ni guardan, ni pretenden, ni granjean.

